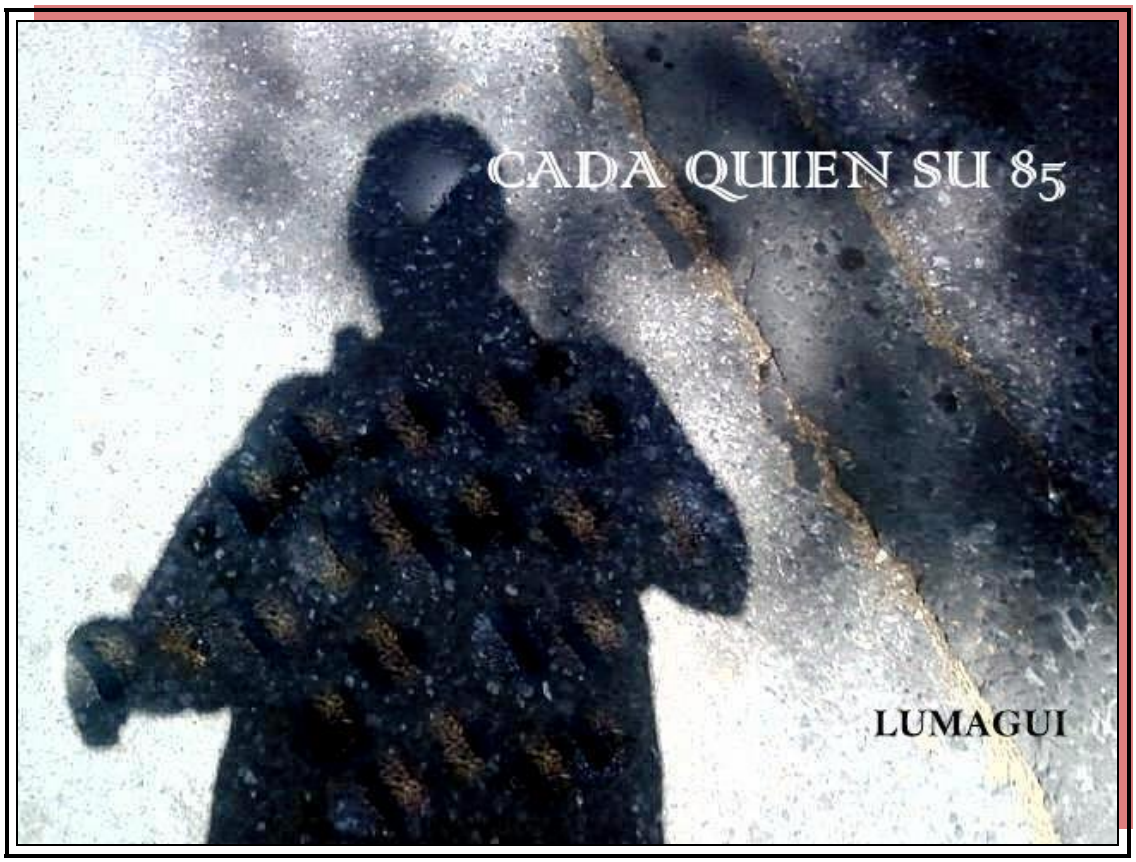

CADA QUIEN SU 85

Luis Alberto Marín*

Estaba parado en medio de algo. No. No estaba parado en medio de algo. ¿O algo estaba parado en medio de él? En realidad estaba en un pasillo al aire libre al lado de un disparejo edificio de departamentos de interés social, en un lugar (uno de esos nuevos suburbios) cuyo nombre no sabía, o del que simplemente no quería o ya no podía acordarse. Al otro lado, al frente del edificio, había una de esas áreas verdes repleta de maleza ordinaria, plantas trepadoras y árboles impasibles en permanente estado de putrefacción. Estaba algo confundido, ensimismado, acalorado. A ratos cruzado de brazos, a ratos con las manos

en los bolsillos. A ratos recargándose en el muro pálido y sobermejo. Ya no se acordaba por qué estaba justamente ahí, a media tarde de ese mes de septiembre, un mes aciago para él -al fin se había convencido-, por simple consecuencia supersticiosa. No sabía si estaba ahí esperando a alguien. O si lo esperaban a él o sólo estaba haciendo tiempo por alguna razón desconocida e inexplicable. Lo cierto era que, a pesar suyo, se sentía inmensamente vulnerable. Se sentía más vulnerable que un viejo cascarón de huevo a la intemperie, a media tarde, a punto de ser arrastrado por el viento. Miraba al cielo por mirar y esperaba. Pensaba cosas por pensar. Pensaba cosas que ni siquiera pensaba que podría pensar en un pasillo así, en esa inesperada media tarde. Sentía que estaba sumergido como en un tiempo aparte. Pero, después de cierto lapso, la realidad lo devolvía de nuevo a ser ese que estaba ahí, en un pasillo al aire libre sin saber todavía por qué. La realidad presente y vacía lo estaba molestando. La realidad y su sentirse irreal de tan pequeño bajo la inmensa vastedad del Universo. Hubiera preferido otro escenario, otro lugar donde pudiera estar a solas con sus pensamientos, lejos de la confrontación de los hechos cotidianos, de las pinches cosas imperiosas del mundo práctico. Mientras tanto, mientras cavilaba sin parar, sucedía algo inesperado. No era el escenario que quería, pero al parecer algo estaba pasando esa tarde en “las alturas” por alguna tempestad ordinaria que tal vez se avecinaba, alguna nube cúmulo que ya se hizo demasiado grande, quién podía saberlo: en lugar de volar como debieran, un montón de pájaros enormes, gruesos, llenos de agua comenzaron a caer. Caían despanzurrándose cerca de él y sobre toda la dichosa área verde. Y él no sabía, ni siquiera en su adhesión supersticiosa -no recordaba que estuviera documentado en los anales metafísicos y esotéricos que consultaba en sus ratos libres, algo así relacionado con las aves-, qué podría significar todo eso. Qué significado oculto habría o si sólo eran señales sin sentido. Eso sólo lo podría saber el Intérprete Mayor, el Gran Khan Zectario, de su orden. Ni por qué unos perros callejeros, repentinamente salidos de la nada, se acercaban animosos a los pájaros muertos, los olisqueaban y luego los devoraban con la avidez que les daba por sus forzosos ayunos pro-

longados. No sabía que los perros pudieran comer pájaros con agua. Tal vez era la primera vez que lo hacían, o tal vez sólo era para ellos la comida de la media tarde. O tal vez la única comida de ese día. Y es que los perros callejeros, se decía, entre el hastío agobiante de la tarde, acaso sólo hacían una buena o mala comida al día, según los tiempos y las circunstancias callejeras. Por un momento pensó que sólo comían ratas o desperdicios de comida. Pero ahora tenía visto que estaban abiertos a otras propuestas por más desagradables que fueran. Como eran muchos pájaros por el suelo, y mucha agua, comieron y bebieron esa vez todo lo que quisieron hasta hartarse. Algunos hasta repitieron llenándose, por consecuencia, excesivamente de agua, al grado de que, en lugar de vagabundear o irse, como siempre -una vez saciado por completo su apetito-, se echaron ahí mismo entre la maleza inerte y húmeda, entre los diminutos pulgones negros, cicadelas y cochinillas de las matas, y las colonias de hormigas legionarias que, cada vez más abundantes, bajaban y subían de los troncos escamosos de los árboles. Daban en qué pensar los pobres perros callejeros.

Luego el oído izquierdo le dolió -le dolía siempre, sin saber por qué, ante una situación anómala-, como poniéndolo en alerta ante esa parte dispareja del inmueble que se mezclaba, en apariencia, con otras estructuras aledañas: la parte mayor del edificio que estaba en mal estado y como a punto siempre de caerse -con algunas ventanas desenmarcadas, casi en vilo y algunos aleros saledizos-, que quedó así desde el terremoto aquel del 85, pero que aún ahora, treinta años después del siniestro de septiembre, ya a nadie le importaba. Y es que podría decirse que casi vivían ahí, ilesos de milagro, los que siempre habían estado desde entonces, sólo que ya viejos, enfermos unos, viudos otros, o viviendo solos ya sin hijos, y casi todos lentos, cansinos, vencidos y ojerosos. Y en esa lentitud y postración parcial tal vez se habían acostumbrado a la inclinada gravedad, de más a menos -según se subiera o se bajara-, de cada piso. Todos, en ese edificio casi inviable, se deslizaban en una misma dirección, excepto, tal vez, cuando entraban o salían de la puerta principal o se dirigían a sus habitaciones. En un mundo así, le parecía normal que al menos compartieran esa característica. Da-

do que cada departamento era casi un espejo del de al lado o del de enfrente, cada uno de los condóminos hacia exactamente lo mismo, con ligeras diferencias, en una especie de ejercicio tácito de sincronización vecinal marcada por horarios flexibles, donde cada grupo o departamento –organizados, en apariencia, de común acuerdo-, ejecutaba el de su predilección: unos seguían el que les imponía la dinámica inevitable de su deteriorado metabolismo senil; otros, el horario regular de ingesta de sus medicamentos por automedicación o por receta; algunos otros se dejaban llevar, inusitadamente, por la barra de sus programas favoritos de la tele con pausas para ir al baño, comer y dormir. Y, los que estaban invariablemente enfermos, por el tamaño de su postración o la agudeza de sus dolencias. Un grupo aparte, excluyente y díscolo –siempre hay un grano en el arroz en todas partes, se decía-, de pusilánimes y paranoicos, y repudiados por el resto, se guiaba por el curso de las noticias de la nota roja, según el estado de inseguridad, o de criminalidad a la alta o a la baja, imperante en la zona. Los que no se regían por absolutamente nada simplemente porque no podían eran los de hasta arriba, los que padecían Alzheimer, quienes tenían que ser auxiliados, en relevos compartidos, por los que aún podían y solían acudir en su ayuda. A la mayoría de ellos le quedaba claro -los que aún estaban cuerdos y aún conservaban cierta autonomía, fortaleza y soltura-, que los pobres viejos desmemoriados no sabían quiénes eran ellos mismos ni quién era quién entre los otros -ni afuera ni adentro-, y que no entendían por qué estaban metidos todo el día, replegados de un lado, por la inercia, en una habitación demasiado inclinada y con casi todos los muebles de la sala arrinconados, uno tras otro, sobre la ventana principal que daba al andador izquierdo, cegando parcialmente la ya de por sí precaria iluminación del día. Un grupo de ellos, que aún estaba en posesión de sus facultades creativas y con gran demostración de iniciativa les armaron poco a poco, con cuerdas, ganchos, argollas, alcayatas, cinturones viejos y remaches que adquirieron en el tianguis de los sábados –junto con algún manual de bricolaje que alguien tenía-, un complicado y entreverado sistema mecánico de poleas cruzadas, por arriba y por abajo, pero independientes unas de otras, pa-

ra poder moverlos hacia la puerta o a sus habitaciones, y para que pudieran cocinar, hacer sus necesidades o bañarse, cuando se acordaran. Entre otras cosas, había que recordarles constantemente para qué servía aquel conjunto de poleas y cómo usarlo. Luego este procedimiento se extendió, con detalles más sofisticados, a otros departamentos, sobre todo a los últimos niveles, donde la inclinación era más que pronunciada.

Hacía como veinte y nueve años -no sabía cómo, pero era claro que algo conocía del edificio y de los que vivían ahí-, se había intentado formar una especie de asociación vecinal con la idea de nivelar y reparar el inmueble después de aquel septiembre del 85. Alguien, no sabía exactamente quién, pero recordaba entre manchas perdidas de su mente que era una persona parecida más bien a él, había pegado una hoja exhortativa en la puerta principal y otra en la caja del buzón, para “convocar a una reunión a todos los vecinos con la finalidad de valorar el daño del edificio y lo que podría hacerse al respecto". Entonces los grupos no se habían formado de común acuerdo y cada quien -cuando todavía no eran los viejos y enfermos de ahora-, bajaba en forma individual o por parejas, bajo su propia responsabilidad y riesgo. Las hojas no tuvieron el efecto deseado por el anónimo inquilino convocante y en su lugar aparecieron otras, también siempre anónimas, con mensajes despectivos o insultantes que iban desde el típico "chingue a su madre el que escribió esto", o "esto no es cosa tuya, vecino", o "dedícate a otra cosa", o "esto es asunto sólo del gobierno", hasta: "si no te gusta vivir aquí, lárgate, güey"; "si no te gusta el edificio así, búscate otro", o, si no "si el edificio se hubiera querido caer, ya se hubiera caído, imbécil", o "las juntas vecinales sólo sirven para dos cosas: para nada y para nada", y, el "mejor hagamos una junta con tu madre y con tu hermana, pero en la cama" fue el último que vio, por fortuna para él, una semana después, cuando ya estaba harto de tanta indolencia y desfachatez. De hecho, nadie se preocupó siquiera de una posible réplica sísmica o de que aumentara paulatinamente la inclinación del edificio, por inercia, con el paso del tiempo. Sin embargo, para su comodonería, los vecinos del edificio anexo -pasillo de tres metros de por medio-, con los que compartían atajos, áreas verdes, va-

llas y andadores, temerosos de que aquel ruinoso condominio de enfrente se les viniera encima cualquier día dieron aviso, en un grupo de seis personas -después de una cita postergada una y otra vez durante meses-, al regidor correspondiente del Ayuntamiento quien prometió, con la solicitud del primer peritaje ya en la mano, que turnaría el asunto en la próxima sesión del Cabildo. Y no fue sino hasta otros varios meses después de celebrada la sesión, y cuando se realizó el último peritaje -durante el resto del año del 86 y hasta el 90 se llevaron a cabo tres más-, que unos trabajadores del municipio armados con picos, palas, cascos, teodolitos, varillas, tubos, escaleras, estructuras metálicas, decenas de kilos de cemento y una vieja y ruidosa revolvedora, llegaron sin previo aviso a las cinco menos diez de una mañana de marzo a instalar pilotes, andamios y contrafuertes provisionales del lado inclinado, que aguantarían al menos quince o veinte años, les dijo a bocajarro el vocero del regidor cuando acabaron, cuatro semanas después, mientras el Ayuntamiento, cuya gestión administrativa en curso estaba por terminarse, tomaba una decisión seria y calificada sobre el futuro del edificio y, en consecuencia, sobre el destino de sus habitantes.

El ruido que los zapadores, albañiles, ayudantes y alarifes llegaron haciendo entonces con sus gritos, sus vehículos oficiales, sus vallas de señalización y sus máquinas minidúmpers, plataformas de tijera, pisones compactadores, cortadoras de concreto y carretillas de obra fue tan espantoso que los inquilinos creyeron que el edificio, ahora sí, se caería por completo: muchos, desde la cama, aún semidesnudos o en pijama, se quedaron paralizados tal como estaban, otros se pusieron a rezar o a pedir perdón por todo lo malo que creían que habían hecho alguna vez; o se conformaban, santiguándose y diciéndose, con ese sentimiento de fatalidad que procura el miedo en ocasiones de impotencia crítica ante lo contingente o la inexorable mala suerte, que pasara de una vez lo que tenía que pasar. “Ya estaría de Dios si el edificio, por fin, cansado de estar inclinado tanto tiempo, decidía caerse”. Otros más, antes de darse cuenta de qué estaba pasando, se encontraron abrazados en el pasillo interior, o tomándose de los pestillos –o a gatas-, intentando llegar a la puerta,

tembleques. Ese día -esa mañana- el inquilino que había tenido la peregrina iniciativa de pegar hojas anónimas en la puerta de la entrada principal y el buzón -el que se parecía más bien a él-, sufrió una crisis nerviosa tan aguda que lo postró durante varias semanas en el hospital de UMF de su zona, al grado de que cuando le dieron de alta no sólo no quería regresar -pensaba para sí, ansioso y paranoico, que el edificio "lo quería matar"-, sino que ya no recordaba el número de su edificio y departamento, ni se encontraba a gusto con esas personas que tramitaron, serviciales, su salida y se lo llevaron a vivir con ellas, aunque a él le pareció más bien, en un momento de lucidez, que se fueron a vivir con él; que para más señas “lo cuidaban” en la recámara más inclinada del fondo sin dejarlo salir, y que constantemente le decían ser sus familiares. ¿Cuáles familiares? En su mente borrosa aún permanecía, oculto en algún lado, el recuerdo casi inequívoco de haber perdido a su esposa y a sus dos hijas ese 19 de septiembre por la mañana, pues siendo todas ellas enfermeras les había tocado, la víspera, hacer guardia en el Centro Médico Nacional, que se colapsó en su estructura física y logística y de equipamiento médico con todo lo que tenía dentro: familiares en espera, enfermos, enfermeros, administrativos, y doctores residentes y de planta incluidos, habida cuenta, le dijeron entonces después los que se encargaron dizque del rescate en esa zona del sismo, de que nunca pudieron encontrar sus cuerpos bajo la maraña inmensa de varillas, losas y escombros. Con el tiempo, con los horribles medicamentos -en realidad un coctel de sedantes que ellas le hacían tomar bajo supervisión estricta-, y algo de terapia casi obligatoria en un hospital de día para restablecer emocionalmente, le decía la terapeuta, la dinámica de sus nexos familiares perdidos repentinamente, tuvo que aceptar, mal de su grado, y a regañadientes, que era como ellas lo trataban siempre, que aquellas mujeres 'tal vez' eran su esposa y sus hijas –aunque en el fondo, para él, estaban todas muertas-, y también porque, por alguna rara razón que no entendía del todo, aparecía con ellas abrazándose, todos riéndose o festejando no se acordaba qué, en muchas fotografías que solían conservar en el mueble de la tele que estaba recargado, inclinado como todo lo demás, sobre la ventana que

daba al andador izquierdo. Mucho tiempo después de que lo dejaran salir a la calle o al pasillo de abajo, o que se iba de despachador de combis a la base de la ruta principal que estaba en la Plaza Cívica de Cardoza, todavía se preguntaba qué había hecho para que aquellas mujeres lo tuvieran vigilado durante semanas enteras en su propia casa, lo llevaran al hospital con frecuencia o repentinamente, o lo fueran a buscar, también frecuentemente, a las calles húmedas de Cardoza a deshoras de la noche, como si fuera un niño de seis años.

En las noches, sobre la cama, aburrido ya de estar viendo a la esposa supuesta, harto ya de que lo tratara como a un lisiado o un retrasado mental, y para poder estar a solas con sus pensamientos y sus recuerdos, fingía dormirse temprano para que ella apagara la luz apenas lo viera con los ojos cerrados y se fuera a dar todas las vueltas que siempre hacía por la sala, el comedor y la cocina antes de acostarse –checar el pasador, bajar las persianas, cerrar las llaves del gas y del agua, y mirar por la mirilla de la puerta si alguien se deslizaba aún, a tientas, por las escaleras del cubo-, y siempre ayudándose ella, para desplazarse a todos lados, de los tubos con agarraderas que habían mandado poner, adosados a las paredes del departamento. Su etapa final siempre era la cocina, donde se ponía a hablar con el gato viejo de dinero como si fuera una especie de consejero, su hijo mayor o su confidente financiero. Al parecer, ella sentía que liberaba algo de presión al hacerlo: le hablaba de los gastos del día terminado con las notas de papel en la mano, y de los gastos que habría de hacer al día siguiente; de las pocas reservas que aún tenía en algunas cuentas dispersas de banco; de las inversiones que podría hacer si trabajaba horas extras y lavaba ropa ajena o vendía artículos por catálogo, de las deudas mensuales que se acumulaban inexorables, o de lo que pasaría con sus hijas o con su viejo si compraba, por ahorrar o por una cuestión práctica, una cosa no tan buena en lugar de otra realmente buena. "¿Tú crees que lo barato sale caro?", le susurraba al oído con delicadeza. El animal sólo se arrebujaba, intimidado, o se echaba en el piso, juguetón, sobre su lomo. Y ella no se iba hasta que "Travis", como se llamaba el gato, hiciera una especie "miau aprobatorio" por lo menos dos veces, después de lo

cual le dejaba algunas vísceras de pollo o puñados de croquetas, y lo acariciaba. Luego que volvía sobre sus pasos (o sobre los tubos) a la recámara en penumbras, se barruntaba su crema nacarada o, como ella la llamaba, su "crema de noche", en la cara, echada sobre el sofá que estaba casi frente a él, y que lo habían clavado a la duela con una guarnición de polines para que siguiera en su lugar (también los sofás de la sala habían sido adheridos de la misma forma, pues algunas veces, cuando se ponían paranoicas o estresadas, dormían ahí las hijas, debido al pavor que le tenían a los temblores). Para ella -la supuesta esposa-, resultaba casi imposible, en razón del piso desnivelado, aplicarse la crema o, arreglarse en general, frente al tocador completamente vacío de cosméticos y bisuterías, o acostarse en la cama de ambos -lo de "ambos" era una idea que él no compartía-, sin quedar toda la noche encimada a él, aplastándolo, con probable riesgo para su lumbalgia de esfuerzo y su cadera dispareja por una vieja lesión de juventud. Y mientras ella se diluía a ciegas la crema, pacientemente del centro hacia afuera, él oía cómo tarareaba una tonada "beguin", de bolero, cuyo nombre no recordaba, pero era una canción que le gustaba tanto, también, a su difunta esposa.

La mejor prueba de que no había parentesco alguno, decía el inquilino de la crisis nerviosa, fue cuando ellas se fueron al "gabacho" y lo dejaron completamente solo, abandonado a su suerte. Tal vez creyeron que él ya podría lidiar a solas con sus dolencias y "su mala suerte", como lo fastidiaban ellas, y con las secuelas de sus recurrentes crisis nerviosas, con o sin medicamentos. Eso –la partida de ellas-, fue también un mes de septiembre, durante el décimo o undécimo aniversario, no estaba muy seguro, del siniestro de marras. Ese lunes él había regresado más tarde (ellas hubieran pensado que andaba, otra vez, perdido o desorientado), porque a última hora le pidieron, en la base donde despachaba, que hiciera de enlace y de testigo entre el representante de las combis regulares y el de las combis toleradas para zanjar un problema de invasión de rutas. Hecho esto, regresó a su casa apenas pasada la medianoche. Cuando entró, después de subir trabajosamente, como siempre, por las escaleras del edificio –algunos vecinos se asomaron a saludarlo con ligereza o a

verlo con extrañeza, como si supieran ya del abandono-, vio que el departamento estaba casi vacío, excepto por el par de macetas rotas, un librero que seguramente no pudieron desmontar porque estaba empotrado completamente a la pared, el asustado viejo "Travis", la parrilla de resistencia eléctrica de la cocina, un par de tubos adosados que conducían a su cuarto donde estaban -al menos "qué consideradas"-, su cama y el sofá adherido a la duela con polines. La ventana de la sala no tenía ni las cortinas; la tele, que permanecía encendida siempre que llegaba, no estaba por ningún lado, y, además de oscuro y desolado, el piso parecía más inclinado. ¿Cómo se habían llevado el resto de los libreros, el ventilador de pie, el comedor completo con sus sillas, los sofás de la sala, la vitrina, la cómoda, la estufa, los gabinetes, el refri y hasta la bicicleta fija, cosas todas que eran suyas? No entendía. Una vieja reproducción plastificada y realzada con barniz inflable de "La última cena" de Dalí, lo miraba hierática y de lado, con un Jesús todavía más hierático, y todavía más estupefacto que él. “Pobre vecino”, pensaba, ahí, en el pasillo, bajo la luz tornasolada de la tarde, mientras veía cómo los perros echados en las áreas verdes, aún adormilados o extenuados, se sacudían a ratos, ya sin fuerzas, un ataque agresivo de hormigas legionarias atraídas por la melaza que regurgitaban sus hocicos cianóticos, amoratados y paralizados. "Sí, pobre vecino", se decía. "Sí que lo dejaron bruja. Esas mujeres lo engañaron como a un chino". La nota que le dejaron -alguna vez se la mostró porque era uno de sus vecinos más cercanos y con el que solía jugar a veces los miércoles o viernes, cuando ellas no estaban o él no se enfermaba, aburridas sesiones de ajedrez, o mirar el box el sábado por la noche-, no incluía disculpas ni arrepentimiento alguno por no llevárselo con ellas al "sueño americano" (más bien sería un estorbo, acotaban), pero entre las causas de su partida o huida o como quisiera él llamarle, poco les importaba, pues ya nada las detendría, estaba no sólo el hecho de que ya no aguantaban sus constantes recaídas y su mala salud y sus frecuentes ingresos al hospital, porque cada vez se hacía más difícil cuidarlo, tan demencial estaba; sino también porque ya estaban hartas de vivir en un suburbio, aunque fueran viviendas de interés social, y, también, ¿cómo se dice?, de

comer mierda y de vivir a medias. Ya nada era suficiente, ni su mentada pensión ni lo que sacaba a veces como despachador cuando podía, cuando no estaba enfermo, ni lo que entre las tres ganaban, aun juntándolo todo. Tampoco soportaban ya estar viviendo y durmiendo en un edificio inclinado lleno de parches por todas partes, a punto de caerse y que nadie sabía cuándo lo iban a arreglar o a cambiarlos de vivienda, como si las autoridades esperaran que el edificio, por inercia o por fuerzas externas a él, volviera solo a su posición original, o de plano se cayera de cansado. Nada como vivir decentemente en un mundo con oportunidades, sin carencias y, sobre todo, ¡horizontal! Y de posdata le confirmaban lo que ya sabía: que sí, que después de todo, a pesar de sus lagunas mentales tenía razón, já já, que ellas no eran ni su esposa ni sus hijas (ya quisieras, viejo amnésico y desmemoriado), sino que en el hospital al que lo habían llevado y donde les tocó a ellas atenderlo, por su expediente y su historia clínica, y por lo que ellas mismas aparte investigaron, se dieron cuenta que había perdido a tres mujeres casi iguales a ellas, que vivía completamente solo, y también de su situación de confusión mental y emocional, de su ya viejo trastorno de ansiedad, de su estado de desorientación y amnesia parcial recurrente. Y, como familiar y socialmente todo encajaba a la perfección, sus hijas incluidas, ellas se encargaron de todo el papeleo posterior, y decidieron aprovecharse de eso: de su pensión, de su vivienda (de haber sabido del problema estructural tal vez hubieran desistido, nunca pensaron que fuera tan cargado, pero les urgía sobre todo ya no pagar más renta), de lo poco que él tenía y le quedaba, que al principio era más de lo que ellas esperaban y de lo que ellas mismas tenían en un zaguán astroso de la Mocte. Pero al final, después de muchos años de impostura -ni ellas sabían cómo aguantaron tanto-, con los enormes gastos de sus achaques, con los sueldos de hambre, con las repetidas devaluaciones y el alza constante de la vida, la mala situación económica las terminó rebasando y ya no tenía caso seguir jugando a "la familia nueva del vecino", como nos decían. Y, para que aprendiera a no enfermarse, se lo repetían de nuevo: con él ya no contaban, con él ya nada era suficiente, por eso, para compensar lo que hicieron por él durante años, se

llevaron todo, so güevón. Pero todo eso ya lo sabía, ¿o no? Atte.: Las Dalias.

Si la vida era justa, le confió el inquilino una de esas tardes de lluvia, después de un largo y cansado juego de ajedrez –donde los imanes sostenían las piezas-, que terminó en un extraño enroque que ninguno de los dos supo cómo destrabar, si la vida era justa, insistía el inquilino con una serenidad revanchista y con una confianza que pocas veces solía tener, "esas mujeres que me engañaron como a un chino tarde o temprano, y espero que más temprano que tarde, terminarán siendo deportadas", él recuperaría sus cosas y su vida como era antes del 85, agregaba, y el edificio volvería, por iniciativa propia o por fuerzas ajenas, a su posición original. "Imposible, lo más seguro es que todo se venga abajo antes de que ellas vuelvan, si es que deciden volver", lo alertaba el otro vecino –enfrascado aún en el maldito enroque-, tratando de ponerlo con los pies en la tierra.

Como quiera que fuera, y a contrapelo de lo que pudieran pensar de él el resto de los inquilinos (si algo le quedaba era amor propio), una mañana se despertó pensando que ese día -en realidad un día cualquiera de septiembre-, era el indicado, era el día en que ellas volverían, deportadas o no, pero volverían, aunque el edificio siguiera igual y él aún no recuperara sus cosas. De modo que ese día no iría a trabajar, se dijo, no iría a despachar combis aunque le descontaran la jornada o le cancelaran su tarjetón de permiso. No iría por nada del mundo y se quedaría a esperarlas, sin moverse para nada, en el pasillo de abajo del edificio toda la mañana y toda la tarde, y hasta toda la noche si era necesario, se repetía a sí mismo de manera compulsiva. Pero con el paso de las horas, el hambre y el cansancio de la espera, al mediar la tarde (cuando las palomas llenas de agua ya habían caído y los perros ya ni siquiera se movían), a pesar de sus ansias y sus fuertes esperanzas de volver a verlas, fue notando, primero, y después aceptando como una realidad palpable e incontrovertible, que no pasaba nada, y que, excepto las personas que se aparecían regularmente, ellas, sus mujeres, no llegaban. Aparte de las palomas, las hormigas legionarias y los perros, sólo había visto pasar al repartidor de garrafones de agua purificada, al campanillero sordo del camión

de la basura, a la señora de la iglesia, vestida de blanco, que siempre anda visitando enfermos, al cambiador y comprador de fierro viejo y bisuterías gritando, aquí y allá, "cosas viejas que vendan". Luego, mientras imaginaba y rumiaba situaciones alternas (que se hubieran equivocado de fraccionamiento o de edificio al llegar, o de vuelo al partir, o que hubieran perdido a última hora el avión o que quizá todavía estuvieran en proceso de deportación), todo se fue diluyendo poco a poco en su memoria y él se fue olvidando, casi sin sentirlo, distraído como estaba en la relativa quietud de su entorno, de su inicial propósito del día. Ya para entonces los perros todos y las palomas destripadas que habían quedado por los trechos visibles de las áreas verdes habían sido devorados, en su mayor parte, por las hormigas legionarias: "la naturaleza limpia sus propios deshechos y aberraciones", se decía. "La naturaleza es justa como la vida", concluía. Y se seguía preguntando sobre el significado esotérico o metafísico que aquello pudiera tener, como una especie de anuncio cifrado sobre los tiempos nuevos por venir. Para cuando se apoderó de él la sensación de que estaba sumergido como en otro tiempo, comenzó a preguntarse en dónde estaba, qué estaba haciendo ahí a la intemperie, si se tendría que ver con alguien o sólo estaba haciendo tiempo por alguna razón desconocida, incomprensible o absurda. Aburrido, miraba al cielo por mirar y esperaba. Miraba el alto naranjo que al principio, cuando llegó, ni siquiera había notado. Pensaba cosas por pensar. Pensaba cosas que ni siquiera pensaba que podría pensar en un pasillo así, en esa inesperada media tarde de septiembre, al aire libre, en un lugar cuyo nombre ni siquiera conocía. Pero el oído izquierdo comenzó a doler de nuevo, absurdamente, se decía, quizá como el reciente aviso de algo, o tal vez por alguna situación intempestiva, anómala o perturbadora, aunque luego se dio cuenta de que era en realidad por una presencia repentina, por una silueta renga, con falda larga, chalina opaca, calcetas y pantuflas que bajaba tentaleando, poco a poco, con una bolsa de mandado entre los dedos, por las escaleras inclinadas, roturadas y agrietadas, llenas de cuñas de soporte, de andamios de tamaños varios y disímiles que formaban una estructura adicional, de relleno abigarrado, al interior del

cubo del edificio. Después de todo, pensó, era una ventaja que su oído malo le pudiera prevenir de cualquier peligro o atentado contra su persona, que lo alertara de la mala influencia del ambiente, de los desconocidos cuyas intenciones no podía prever. Cuando la mujer por fin bajó a la parte última del cubo y a sólo unos pocos metros de donde estaba, él tuvo la sensación algo dolorosa y ansiosa de que su oído malo giraba ciento ochenta grados, como cuando de chico su madre le jalaba de la oreja en el punto más alto de su enojo.

-¿Qué pasó, viejo?, ¿por qué no fuiste a trabajar?, ¿qué estás haciendo aquí?-, dijo ella secamente apenas traspasó el portón, viéndolo allí parado como un poste viejo. -Otra vez con lo mismo, viejo flojo. Mira nomás la hora que es. Te van a cancelar el tarjetón. Mejor súbete ya con las muchachas-, agregó con cierto enfado autoritario y displicencia.

Él, desde el fondo de sus pensamientos abismáticos, no supo qué decir de pronto. "¿Y a esta vieja qué le pasa, por qué me echa cacallaca?", pensó, poniendo cara larga, al tiempo que subía, instintivamente, como un perro obediente, aunque bajo protesta silenciosa: "si a mí nadie me conoce ni me toma en cuenta". Pero es que ella, doña Dalia, enfrascada ella misma en su artritis y en lavar diariamente ropa ajena no sabía, no se había dado cuenta nunca, a pesar de tanto tiempo de vivir con él y de encontrarlo con frecuencia, solo, en el pasillo, haciendo absolutamente nada, que el hombre a veces se inventaba cosas, que imaginaba situaciones raras como pájaros sobrecargados de agua aventados por no sabía qué tormenta inminente, como edificios inclinados a punto del derrumbe con inquilinos demenciales que a su vez, también, discurrían eventos raros; o como una falsa esposa hablando, cada noche, con el gato viejo de dinero, o que era abandonado, finalmente, por ella y por sus hijas; y, mucho menos podía imaginar que, desde el terremoto aquel del 85 en que perdieron casi todo, -aparentemente el viejo gozaba de buena salud y nunca hubo necesidad de clínicas y hospitales-, el pobre había empezado a perder, paulatinamente, la memoria.

---

*Lumagui